

MIRET MAGDALENA

HANS KÜNG, EL CRITICO



De todos los teólogos reunidos en Madrid, en torno a la revista «Concilium», el más joven es Hans Küng.

Es un suizo de treinta y nueve años que viste traje oscuro y corbata —como estilan los sacerdotes en los países germanos— y cuya labor teológica es considerable, a pesar de su juventud.

Ha profesado cursos, dado conferencias y escrito libros siempre sobre temas relacionados con la Iglesia. Su mayor inquietud, antes ya del Concilio, era la necesaria renovación de las estructuras defectuosas del catolicismo.

En Norteamérica es muy conocido por haber enseñado allí y divulgado sus ideas por medio de conferencias y artículos. Sin embargo —como casi todos los peritos conciliares—, ha sufrido de incomprensiones y rechazos por una buena parte de la jerarquía católica, sobre todo americana. Algunos eclesiásticos le prohibieron —durante el Vaticano II— difundir sus ideas en Universidades católicas, y el propio Santo Oficio prohibió que le

concedieran homenaje alguno académico en U.S.A.

Desde hace bastantes años es catedrático de teología dogmática en la Universidad de Tubinga (Alemania Occidental), el centro docente civil de mayor tradición teológica en el mundo germano. Todos los grandes especialistas católicos del siglo pasado fueron profesores ahí: Möhler, Graf, Hirscher, Kuhn...; como lo fue X. Arnold en este siglo.

En febrero de este año volvió triunfalmente a Estados Unidos, después de cinco años de no poder dar sus acostumbradas conferencias renovadoras; y el Seminario Protestante Unitario de Manhattan le ha nombrado profesor de teología de los sacramentos.

Si hace unos años se hubiese dicho esta última noticia, nadie hubiera podido creerla: un católico enseñando la doctrina sacramental a los protestantes, cuando éste es uno de los principales caballos de batalla que, hasta ahora, nos habían dividido a católicos y reformados.

Su tesis doctoral fue explosiva y hasta 1957 no se publicó. El tema era un asunto hasta entonces tabú: intentar acercar el catolicismo y el protestantismo en su punto de partida.

Los manuales católicos solían decir que el protestantismo afirmaba lo siguiente: el cristiano se hace justo ante Dios, sólo por un don divino externo, que le cae como lluvia venida del cielo, y que es la fe. Los católicos —decían estos libros que todos hemos padecido en su inexactitud— no pueden aceptar —como los protestantes— una fe intelectual o de mera confianza, como justificadora del hombre, porque las obras son necesarias para hacerle a uno justo.

Pero todo esto suena hoy —después del trabajo de Küng— a pura palabrería de niños. Karl Barth, el teólogo calvinista más representativo de la idea tradicional protestante, si es bien estudiado, dice sustancialmente lo mismo que dijo el Concilio de Trento en el siglo XVI, a condición de olvidar las afirmaciones rutinarias que nos han enseñado.

La fe —para la Biblia— es un don que Dios da generosamente, para que nos entreguemos a Cristo; y esta fe, así entendida, es la que nos justifica a sus ojos y nos puede alcanzar la salvación.

Sin embargo, H. Küng —como todos los teólogos profundos de hoy— piensa que las fronteras visibles de la Iglesia no pueden delimitar a los únicos privilegiados que se han de salvar. Estos han de ser muchos más de los que se apiñan en nuestro pequeño grupo religioso: «Dios no está lejos de los que buscan entre sombras y representaciones a un Dios que ignoran» (Concilio Vaticano II, L. G.). Nosotros no somos ningunos privilegiados,

sino los que debíamos ser —y no somos muchas veces— fermento del mundo, de todo el mundo. Como dice con total acierto otro teólogo, hoy un poco pasado, el Padre Y. Congar, O. P.: «Somos el pequeño grupo que representamos a todos». Somos «la minoría al servicio de la mayoría», como afirma todavía mejor Küng: no detentamos por tanto ventajas, sino responsabilidades de servicio a los demás.

Sus cuatro libros más famosos —después de éste— han sido: **Concilio y retorno a la unidad**, publicado en 1960 con una nota laudatoria del Cardenal Liénart, porque no lo dejaban traducir al francés; **Estructuras de la Iglesia**, **La libertad del cristiano** y, recientemente, **La Iglesia**, aparecido en alemán, francés e inglés, resumiendo todo su pensamiento sobre este tema en dos apretados tomos.

Los dos grandes méritos de Küng —el más asequible de los teólogos actuales— es que nunca olvida la perspectiva histórica, y que siempre es valiente y claro en sus afirmaciones.

Por ejemplo, en el tema de la piedad a la Virgen nos recuerda que, en plena Reforma protestante, San Pedro Canisio reconocía que «elementos degenerados se han introducido en el culto mariano, y todavía pueden introducirse». Y cita al teólogo alemán Otto Karrer que se extraña hoy de «la diferencia que existe entre el amor respetuoso por la Madre de Dios en la cristiandad primitiva, y estos excesos, en muchos casos insoportables, del culto a la Madona, sobre todo en los países latinos, que se caracteriza por una retórica espiritual llena de fantasía, y un amor popular por María, movido por un sentimiento de exaltación al que le falta ser orientado, al mismo tiempo, hacia Dios o hacia Cristo».

En sus últimas obras sobre la Iglesia plantea dos problemas importantes: la elección de clérigos y obispos, y la posible deposición de un Papa.

Cuando un obispo español, que llamamos avanzado, ha dulcificado de tal modo la realidad existente en toda la Iglesia durante siglos, de la participación del pueblo en la elección de presbíteros, obispos y Papas, Küng nos lo recuerda, y lo propugna también para hoy.

Pero más delicado es lo tratado por él para intentar que se establezca en la Iglesia algún procedimiento para retirar a los eclesiásticos que se muestren incompetentes, incluido el propio Papa.

Toda autoridad en la Iglesia —según la doctrina tradicional—, descubre Küng que es un servicio y no un poder de dominación. Por eso «jamás la Iglesia existe para el Papa, sino que el Papa está para la Iglesia; y sería inconcebible que un día sólo el Papa tuviera razón, y la Iglesia en su conjunto estuviera equivocada: un Papa que excomulgase a toda la Iglesia, se excomulgaría él mismo».

El Sumo Pontífice —según explica nuestro teólogo clásico F. Suárez, S. J., recogiendo toda la tradición anterior— puede dejar de ser Papa por tres razones: por debilidad mental como gobernante, por herejía mantenida por él como creyente, o por ser cismático. Este último caso —el más interesante— ocurre cuando el Papa «no conservase la comunión y el lazo de unión necesarios con el conjunto del cuerpo de la Iglesia...; o si quisiera quitar todos los usos de la Iglesia, garantizados por la tradición de los Apóstoles» (H. Küng, **La Iglesia**, tomo II).

Por eso precisamente, para este teólogo, «el servicio de la Iglesia que le corresponde a un Papa puede incluso ir hasta a exigirle que renuncie totalmente a su ministerio o hasta que sea privado de él... Incluso tras el Concilio Vaticano II (que afirmó la primacía e infalibilidad pontificias), los canonistas han citado diversas circunstancias en las que el Papa pierde su cargo, además de la muerte y la renuncia voluntaria» (idem).

Son casos-límite, pero históricamente posibles. Y hoy, de cara a la crisis de Iglesia que tienen muchos, cree este teólogo que todos debemos conocer la verdad de esta enseñanza católica, de posible aplicación a todos los niveles eclesiásticos y no sólo al del Pontífice romano.